

LA NAVEGACIÓN POR LOS MARES DE LA VIDA

por el élder Thomas S. Monson
del Consejo de los Doce



El 14 de febrero de 1939, los norteamericanos celebraban el Día del amor (el día de San Valentín). Los carteros entregaban mensajes especiales y los niños dejaban en el portal de las casas de sus amiguitos dibujos con colores alegres. Todos ellos contenían un mensaje, un mensaje de amor.

Lejos de los Estados Unidos, en Hamburgo, Alemania, también se celebraba una fiesta nacional. Allí, en cambio, la atmósfera era más sombría. Entre fervorosos discursos, el griterío de la muchedumbre y las notas del himno nacional, el nuevo acorazado, Bismarck, se deslizó con estruendo a las aguas del río Elba. Este barco, el más poderoso de todos, no llevaba un mensaje de amor; por el contrario, lo adornaban como púas las armas de guerra.

Este poderoso coloso constituía un impresionante espectáculo de armadura y maquinaria. Para la construcción de los cañones a control remoto, torretas blindadas de tres unidades de 406 milímetros, se utilizaron más de 57.000 planos. El barco contenía 45.000 kilómetros de circuitos eléctricos y estaba protegido por 35.000 toneladas de material blindado. Por su apariencia majestuosa, de tamaño gigante y de asombroso poderío bélico, se le consideraba invencible.

El día que el destino había marcado al Bismarck llegó dos años después, el 24 de mayo de 1941. Ese día, los dos acorazados más poderosos de la marina británica, el Príncipe de Gales y el Hood, se enfrentaron con el Bismarck y otro barco alemán, el Príncipe Eugen. A los cuatro minutos de comenzada la batalla, el Bismarck había enviado el Hood al fondo del Atlántico, salvándose sólo tres de los mil cuatrocientos diecinueve hombres que componían su tripulación. El otro acorazado inglés, el Príncipe de Gales, considerablemente averiado, había emprendido la retirada. En total los ingleses contaban con un poderío de ocho acorazados, dos portaaviones, once cruceros y veintidós destructores para poder hundir al majestuoso Bismarck. Tres días más tarde, el 27 de mayo, el Bismarck trabó batalla con cuatro navíos ingleses.

El daño que le hacían los proyectiles era superficial. Después de todo, ¿sería posible que el Bismarck fuera invencible? Luego, un torpedo se apuntó un tiro fortuito al atascar el timón. No pudieron repararlo. Con la tripulación lista para el ataque y la artillería pronta para disparar, el Bismarck navegaba en majestuosos círculos. La poderosa fuerza aérea alemana no podía ayudarlo; la seguridad del puerto amigo estaba fuera de su alcance. No podía encontrar refugio porque había perdido la capacidad de dirigirse por el curso marcado. Sin timón; sin puerto y sin ayuda. El fin se acercaba. Los cañones ingleses disparaban mientras la tripulación alemana barrenaba y hacía naufragar la otrora altanera embarcación. Las

hambrientas olas del Atlántico primero lamieron los lados y luego devoraron el orgullo de la marina alemana. El Bismarck ya no existía.

Así como el Bismarck, cada uno de nosotros es un milagro de ingeniería. Nuestra creación, sin embargo, no está limitada por el ingenio humano; el hombre puede inventar las más complejas máquinas, pero no puede darles vida o conferirles los poderes del razonamiento y la lógica. ¿Por qué? Porque éstos son dones divinos, otorgados al hombre según la voluntad de Dios. Nuestro Creador nos ha dado un sistema circulatorio para mantener todos los canales siempre limpios y en funcionamiento, un sistema digestivo para preservar nuestro vigor, y un sistema nervioso para que todas las partes se puedan mantener en comunicación y coordinación constantes. Dios le dio al hombre la vida, y con ella, el poder de pensar, de razonar, de decidir y de amar.

Como si fuera el timón de un barco, nosotros tenemos la forma de determinar la dirección en la que queremos encaminarnos. El faro del Señor nos ilumina a todos mientras navegamos por los mares de la vida. El puerto donde está nuestro hogar es el reino celestial de Dios. Nuestro propósito es encaminarnos constantemente en esa dirección. Una persona que no tiene propósito en la vida es como un barco sin timón, sin posibilidades de llegar a puerto. Todos recibimos el mensaje: marca el curso, despliega las velas, fija el timón y emprende viaje.

El hombre es igual que el barco. El funcionamiento de las turbinas, el poder de las hélices son inútiles si no se sigue un rumbo, si no se encauza su energía y se dirige el poder con un timón escondido, relativamente pequeño, pero absolutamente esencial.

Nuestro Padre les dio el sol, la luna, las estrellas y las galaxias a los marineros que navegan los mares. A todos los que caminamos por la vida, El nos advierte: Cuidaos de los desvíos, los escollos, las trampas -las luces engañosas del pecado que astutamente ubicadas tratan de atraeros. No nos engañemos. Detengámonos a orar. Escuchemos la voz quieta y apacible (D. y C. 85:6) que desde lo más profundo de nuestra alma nos invita con las palabras del Mesías: "Ven, y sígueme" (Lucas 18:22). si abandonamos la destrucción y la muerte, encontraremos la felicidad y la vida eterna.

No obstante, hay quienes no quieren oír, que no quieren obedecer, que se guían por el sonido de otras voces. El más destacado entre ellos fue el hijo de Adán, nacido de Eva, Caín, uno de los nombres más conocidos en todo el mundo. De mucha capacidad y poca fuerza de voluntad, Caín permitió que la ambición, la envidia y la desobediencia, e incluso el asesinato, atascaran su propio timón que lo habría guiado a la exaltación. La obsesión por lo terrenal reemplazó la mira celestial; Caín se condenó. (Moisés 5:16-41.)

Menos conocido, pero más típico de nuestra época, fue el cardenal Wolsey, el prominente personaje creado por la fecunda pluma del escritor William Shakespeare, quien describe la jerarquía y poder que este señor alcanzó. La misma pluma describe cómo la ambición y la gloria de los hombres corrompieron sus principios. Y luego

vino la precipitosa caída, el trágico lamento del que lo había obtenido todo para luego perderlo. El relato es hermoso, casi como las Escrituras. El cardenal Wolsey le habla a su fiel sirviente:

. . . Cuando sea olvidado, como lo seré, y duerma bajo un mármol duro y frío, donde nunca ya se hará mención de mí, di que yo te aconseje; di que este Wolsey, que una vez recorrió los senderos de la gloria y sondeo todas las profundidades y escollos de la dignidad, te descubrió. . . un camino recto y seguro . . . aunque tu amo lo había perdido. Observa bien mi caída y la causa de mi ruina . . . Rechaza la ambición. Por este pecado cayeron los ángeles. ¿Cómo, pues, el hombre, la imagen de su Creador, puede esperar vencer por este pecado? Ámate en ultimo lugar; aprecia los corazones que te aborrezcan . . .

Allí harás un inventario de cuanto poseo, hasta el último penique. Todo el del rey; mi vestido y mi devoción por el cielo son ahora lo único que me atrevo a decir que me pertenece. ¡Oh Cromwell, Cromwell! De haber servido a mi Dios con solo la mitad de celo que he puesto en servir a mi rey, no me hubiera entregado este, a mi vejez, desnudo, al furor de mis enemigos. (Enrique VIII, acto 3^{ro}., escena II.)

El timón celestial que le hubiera servido de guía para obtener la salvación se arruinó por la ambición y la búsqueda del poder y posición. Como muchos antes que él y muchos que seguirán sus pasos, el cardenal Wolsey cayó.

En épocas anteriores, un rey inicuo probó a uno de los siervos de Dios. Inspirado por los cielos, Daniel, un hijo de David, interpretó para el rey la escritura que había visto en la pared. De la recompensa que le ofreció por leerlas, el ropaje y el collar de oro, Daniel dijo: "Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros". (Daniel 5:17.)

El rey Darío, sucesor del rey Belsasar, también honró a Daniel, dándole una posición elevada en su reino. Allí tuvo que soportar la envidia, los celos y la traición de hombres ambiciosos.

Por medio de una artimaña, y un poco de adulación, hicieron firmar al rey Darío una proclamación que decía:

". . . cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier Dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones." (Daniel 6:7.)

El rey la firmó, y pasó a ser ley. Daniel se enteró del decreto, pero no lo obedeció. Su vida no estaba dirigida por un rey, sino que recibía guía de Dios. Cuando lo encontraron orando, lo llevaron ante el rey. A regañadientes, el rey lo condenó a que fuera echado en el foso de los leones. La sentencia se llevó a cabo.

Me agrada mucho el relato bíblico que doy a continuación:

"... el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, y se le fue el sueño.

"El rey, pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones.

"Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?

"Entonces Daniel respondió al rey: Oh rey, vive para siempre.

"Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño. . .

"Entonces se alegró el rey en gran manera. . . y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios." (Daniel 6:18-23.)

En un momento crítico, la determinación de Daniel de seguir el curso que se había trazado le ganó la protección divina y un refugio seguro.

El reloj de la historia, como los granos del reloj de arena, marca el paso del tiempo. Un nuevo elenco ocupa el escenario de la vida. Los problemas de hoy se ciernen amenazadores sobre nosotros. Rodeados por la sofisticación de la vida moderna, buscamos orientación en la influencia divina para poder marcar y seguir un curso sabio y adecuado. La Persona a quien llamamos nuestro Padre Celestial no dejará sin contestar nuestras justas y sinceras peticiones.

Volví a recordar esta lección hace algunos años, cuando recibí una asignación bastante singular y difícil. Folkman D. Brown, que era entonces el director de las relaciones de la Iglesia con los Boy Scouts de América, vino a mi oficina porque se había enterado de que yo tenía una asignación para ir a Nueva Zelanda. Me habló de su hermana, Belva Jones, que tenía cáncer y estaba desahuciada, y que no sabía cómo decírselo a su único hijo, el cual estaba sirviendo como misionero en ese país. Lo que ella deseaba y pedía era que se quedara en la misión y sirviera dignamente. Estaba preocupada por la reacción que podría tener, porque su hijo misionero, el élder Ryan Jones, había perdido a su padre el año anterior, atacado por la misma fatal enfermedad.

Acepté la responsabilidad de llevar el mensaje. Después de una reunión de misioneros que se llevó a cabo junto al majestuoso Templo de Nueva Zelanda, hablé en privado con el élder Jones y, con toda la delicadeza posible le expliqué la situación en que se encontraba su madre. Por supuesto se derramaron lágrimas, no sólo las de él; pero luego me estrechó la mano y prometió: "Dígale a mi madre que serviré, oraré, y la veré otra vez."

Volví a Salt Lake City justo a tiempo para asistir a la conferencia de la Estaca Lost River, en Moore, Idaho. Mientras estaba sentado en el estrado con el presidente de estaca, casi instintivamente fijé mi atención en el banco del frente de uno de los costados de la capilla, donde el sol de la mañana iluminaba a una hermana que estaba sentada sola. Le dije al presidente de estaca: "¿Quién es la hermana que está allí sentada al sol? Siento que debo hablar con ella hoy. " Y me contestó: "Se llama Belva Jones. Tiene un hijo misionero en Nueva Zelanda; está muy enferma y ha pedido una bendición." Hasta ese momento, desconocía dónde vivía Belva Jones. Ese fin de semana, se me podría haber asignado a cualquiera de otras cincuenta estacas.

Sin embargo, el Señor había contestado a su manera la oración de fe de una madre preocupada. Tuvimos una conversación muy linda. Le conté con lujo de detalles la reacción de su hijo y la resolución que había tomado. Le di una bendición, y con la oración, recibimos la seguridad de que Belva Jones viviría hasta que su hijo terminara la misión. Tuvo este privilegio. Su hijo Ryan volvió de la misión un mes antes de que ella falleciera.

Espero que a medida que seguimos nuestros viajes, podamos navegar seguros en los océanos de la vida. Con el timón de la fe que nunca falla guiando nuestro paso, nosotros también encontraremos el camino de vuelta al hogar. 'El marinero vuelve a casa, está de vuelta del mar. ' (Robert Louis Stevenson, "Réquiem".) De vuelta a su familia, a sus amigos, al cielo y a Dios.

De esta verdad testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén.